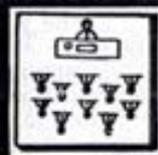


Sección 1

Problemas evolutivos



Lab. 1: Problemas evolutivos
04: Conferencia

UN NIÑO TIENE MIEDO



Los niños, conscientes de su fragilidad, se sienten desarmados a merced de lo desconocido.

NO hay un padre ni una madre que puedan decir: «Mis hijos nunca han tenido miedo.» Ningún hombre honrado podrá constatar: «Jamás he tenido miedo.» Se encuentra el miedo en todos los seres humanos, incluso en nuestros orígenes humanos y primitivos: en ciertas situaciones, los animales muestran conductas de miedo o temor.

El miedo aparece en la historia de cada individuo, es un recuerdo en la vida de todos. Temor universal, ineludible, cotidiano, individual o colectivo. No hay más que recordar los terrores del año 1000, o actualmente evocar la angustia de la guerra atómica o incluso los rumores que recorren las ciudades de provincia a propósito de la trata de blancas.

El temor es contagioso y se transmite como una enfermedad

¡Temores de adulto, temores de niño! ¿Qué imagen tomará realidad para poblar el universo de las pesadillas de nuestros hijos, y a que nos remiten de nuestras vivencias como individuos, como padres de familia, para que sea tan difícil de responder, y para que nos enfrentemos a ella con tan poca libertad?

¿Qué significado tienen en nuestras relaciones con los niños? ¿Qué papel juegan? ¿Qué lugar ocupan?

MIEDO NUM. 1: «LA NOCHE»

LAS manifestaciones de temor son numerosas, a juzgar por las 56 imágenes dadas por los niños, en respuesta a una encuesta sobre el miedo.

El temor más frecuente citado

por la mitad, es el de la oscuridad, de la noche y de lo negro. Además, otros muchos temores infantiles están, de alguna manera, ligados al miedo de la oscuridad. Por ejemplo, el miedo a la soledad hace referencia al temor de lo oscuro. Los niños, conscientes de su fragilidad, se sienten desarmados a merced de lo desconocido, que puede ser un bandido, un asesino: «pueden llevarme al bosque».

El miedo a la oscuridad y a la soledad es el más cercano a los miedos de los adultos, porque son fijos y pueden cambiar de objeto. ¿Qué oculta la noche? ¿Ladrones, fantasmas? «Alguien que entra en mi cuarto» «alguien que quiere hacerme daño» «alguien que me sigue y que va a matarme»....

Algunos animales llenan de terror la noche: los lobos, las ratas, las arañas; negros, agazapados en la noche, invisibles y llenos de amenazadora presencia.

Durante la noche todo puede suceder. La imaginación provoca los terrores, las pesadillas. «Mamá, papá, están lejos. No pueden protegerte». La noche es el momento privilegiado para los miedos infantiles.

MIEDO NUM. 2: «LOS ANIMALES»

La segunda gran familia de miedos es la de los animales, y principalmente la de los animales, y principalmente la de los animales, y principalmente la de los animales. ¿Se trata aquí de un fondo primitivo, de un reflejo de defensa análogo al de ciertos animales jóvenes con respecto a los predadores de su especie? ¿Constituirían las serpientes antiguamente una amenaza para el hombre? El temor universal hacia las culebras parece indicarlo. Muchos adultos son incapaces de liberarse de él. Los niños dicen: «Pican, estrangulan, ahogan tienen una forma rara, son viscosas.»

DESPUÉS están los lobos: «Los lobos son malos, se esconden, se llevan a sus víctimas, aullan, muerden.» El temor del lobo, tan antiguo, debería resultar insólito en nuestra vida moderna. ¿Se transmite de generación en generación? ¿Forma parte del inconsciente colectivo o de los mitos? ¿Es una consecuencia de la popularidad del cuento de «Caperucita roja»? Una niña se expresaba así: «Está la historia de Caperucita, y así se me ocurrió la idea de tener miedo.» Los leones son los animales más mencionados detrás de las culebras y los lobos. «Son feroces, salvajes, saltan sobre ti, te hieren con las garras.» Es evidente, por las explicaciones, que el león y el lobo producen miedo en las mismas razones; a pesar de que los animales polvorientos y pacíficos que la realidad de los parques zoológicos ofrece a los niños no suscitan casi imágenes brutales. Los insectos no están au-



Todo puede ser objeto de temor en el niño: el agua, el gas, etc., pero, sobre todo, las separaciones de sus padres, los contactos con los demás.

sentes del catálogo, pero se les cita bastante menos. Se encuentra en él la araña, «gorda, peluda, negra, que pica». Tiene algo de común con la avispa y, de manera general, con todos los insectos pequeños que pululan y se arrastran sin que se sepa jamás si son o no son peligrosos. Como las culebras, pisan inadvertidos, se deslizan, se ocultan y pueden penetrar por los orificios del cuerpo.

MIEDO NUM. 3: LOS MONSTRUOS

Por otra parte, nuestra propia sociedad ha creado sus monstruos: «marcianos, robots, seres llegados de otros planetas», dotados de características humanas, inteligencia y apariencia, dueños de poderes terroríficos, de los que cualquier cosa se puede temer. La televisión juega un papel importante en la aparición de estas nuevas formas de temor. No es fácil para un niño distinguir claramente la separación entre el mundo real y el mundo imaginario.

Los adultos, instalados en sus conocimientos, dejan el menor espacio posible a la incertidumbre y a los temores imaginarios, que no se justifican racionalmente. El temor se reduce así a una angustia subya-

cente, temor de la muerte, que no se expresa directamente (los pánicos irracionales se encuentra más bien en los temores colectivos).

MIEDO NUM. 4: «LA MUERTE»

EL temor de la muerte aparece también en los niños, pero siempre como consecuencia de peligros imaginados: «El lobo me comía y yo me moría.» El fuego, la guerra, los cataclismos naturales —terremotos, inundaciones, etc.— son siempre exteriores al niño. Verdaderamente no le conciernen, más que cuando la actualidad le impone sus imágenes y ellas sirven de soporte a sus propias inquietudes.

Esto nos obliga a interesarnos por la elección que los niños hacen de sus temas de temor. Michel Zlotowicz nos ofrece una explicación: «El mundo animal proporciona al niño un repertorio de símbolos que se transmiten de generación en generación; estos símbolos ponen el acento sobre propiedades de los animales aptas para expresar en particular temores y deseos... Todo lo que hay en el mundo físico de excepcional, dramático o espectacular puede dar lugar a representaciones parecidas y contribuir notablemente a crear imágenes de temor.» Por eso la seguridad que pro-

porciona el entorno familiar de los adultos se ve sobre todo amenazada por personajes extravagantes: bandidos, brujas, diablos o falsos padres que se llevan a los niños. El ambiente de familia es confortable por sí mismo y lo insólito o lo atroz, oculto tras lo cotidiano, son menos accesibles a los niños.

MIEDO NUM. 5: «LOS MIEDOS QUE SE CUENTAN»

TODAS las expresiones de miedo mencionadas más arriba pertenecen a niños de seis a doce años. El lenguaje les ha dado forma, estructurado y fijado en el simbolismo proporcionado por los adultos, los libros, la televisión, el entorno en general.

Los temores del bebé son temores padecidos, no dichos: llora, grita, rechaza la comida, incluso llega a perder destrezas motrices ya adquiridas para traducir su malestar. El niño un poco mayor, de dos o tres años, sufrirá insomnio, se despertará durante la noche, presa de te-

rreros incontrolables, tendrá crisis de llanto; o, por el contrario, se replegará, aislado en una actitud de «bebé». Los temores antiguos, temor del vacío, del abandono, de la destrucción son reactivados en situaciones posteriores que evocan las primeras angustias, pero sólo con el dominio del lenguaje el temor podrá al fin expresarse y perder un poco de su virulencia. Al traducir el temor en palabras, el niño lo fija, lo delimita, lo domestica, al mismo tiempo que lo comparte con los demás y, en particular, con quienes pueden protegerle, los guardianes de su seguridad, sus padres. Sin embargo, el lenguaje de los niños no resulta siempre comprensible para sus progenitores. Es oscuro, ambiguo y recurre a imágenes y símbolos que los adultos han superado ya, los han relegado a su subconsciente y por ello han perdido su comprensión. Muchos padres soportan mal las manifestaciones de miedo e incluso prohíben sentirlo. La separación, la muerte, la culpabilidad no son temas que se dejan encerrar fácilmente en palabras, sobre todo en una sociedad que se empeña en ignorarlos.

El lenguaje de los temores infantiles permite también su transposición a un mundo lúdico. Se juega a tener miedo, se juega a asustar: «Soy el lobo»... La angustia se resuelve así en un estremecimiento delicioso, puesto que lo imaginario ha sido reconocido como tal. Es un convencionalismo que se expresa en palabras familiares y que a pesar de todo guarda un cierto poder de emoción sobre los otros y sobre uno mismo.

MIEDO NUM. 6: «LOS MIEDOS QUE LES METEMOS»

ESTE poder de meter miedo se usa frecuentemente por los mayores sobre los más jóvenes: poder de ejercer su poderío con tanta eficacia. Cuántas historias de fantasmas, de asesinos contadas en la oscuridad de la habitación de los niños, que les aterran en su cama.



roarr



En el momento de la adolescencia, la angustia subyacente que ha alimentado todos los terrores infantiles será vivida de nuevo sin representación posible. Se han superado ya las ingenuas expresiones infantiles. El temor, reactivado por los conflictos que vive el adolescente, se manifestará como un malestar, una dificultad de vivir, un rechazo de la aventura, o incluso del contacto con los demás.

Podría parecer fácil calmar el miedo de los niños, puesto que son peligros «imaginarios» y no reales. De noche, mamá acude cuando se le llama; enciende la luz: los fantasmas desaparecen, ya no hay ladrones debajo de la cama, los leones están de nuevo en la jaula, los lobos se han ido del bosque. De hecho no será la respuesta «racional» dada por los padres la que será eficaz, sino la actitud profunda que la sostiene. Esta actitud es el resultado de múltiples factores. Los padres responderán, en primer lugar, de acuerdo con su propia historia: Cuando eran niños han tenido a su

miedo, o bien incluso padres que les obligaban a quedarse en la cama si tenían pesadillas. Ellos responderán según las relaciones que mantengan con el niño, el lugar que ocupe en la familia: es el mayor al que se le quiere hacer fuerte, o el hijo único, o el más pequeño a quien se protege. No se les pide el mismo valor a los niños que a las niñas: «Tú no tienes miedo, tú eres un hombre» (aunque esta nefasta costumbre comienza a cambiar). La niña podrá manifestar, sin embargo, temor a los ratones o a las arañas, porque le está permitido sin caer en el ridículo.

También hay niños con «problemas»: los que nacen después de la muerte de otro niño, los que son frágiles o los que uno imagina que lo son.

Y también hay que tener en cuenta la vivencia actual de los padres. Estarán más o menos dispuestos a escuchar al niño. Una madre cansada se sentirá molesta si tiene que levantarse todas las noches para acallar sus terrores nocturnos. Podrá, quién sabe, sentirse presa por el pánico y con el corazón palpitante irá a ver si es que de verdad no hay nadie en la cocina.

Una pareja que se entiende mal apaciguará más difícilmente a un niño angustiado si su desacuerdo es el origen mismo de la angustia.

MIEDO NUM. 7: «LOS MIEDOS DE LOS PADRES»

ALGUNOS padres alimentan y fijan los temores de sus propios hijos: «El guardia va a venir a llevarte si no obedeces». «Si no eres bueno, el lobo te va a venir a buscar». «Si no eres obediente, mamá

no te va a querer nunca más.» Estas frases son ambiguas. ¿Son el resultado de una herencia cultural, de esas historias que nosotros mismos nos sorprendemos de perpetuar, o de ciertos deseos inconscientes? Meter miedo al niño puede ser un sistema educativo que refuerce la autoridad. «Si sigues así, te meteré interno...» «Si no tomas la leche, te mando al hospital.» Son frases banales y estúpidas, cuyas consecuencias nunca medimos los adultos. El ejercicio de poder des-

emboca con frecuencia en un abuso del poder.

Otros padres, sin embargo, meten miedo porque ellos mismos tienen miedo. Los padres demasiado protectores, por ejemplo. El objetivo de su educación es impedir que el niño entre en contacto con el mundo exterior porque lo consideran peligroso. Algunas madres comunican a sus hijas sus temores sexuales, poniéndolas muy en guardia contra los posibles ataques masculinos y la perversidad de los hombres.

LA TERAPIA DEL MIEDO

I. VENCER SUS TEMORES

LOS temores infantiles son, entonces, el eco de la angustia de los padres. Harán difícil cualquier iniciativa del niño. Todo puede ser objeto de temor: el agua, el gas, etc., pero sobre todo las separaciones de sus padres, los contactos con los demás. Estas angustias explican las dificultades particulares de algunos niños en la escuela: la primera separación, cuando el niño acude al parvulario. Después la vida no será más rosa para los niños de la escuela primaria. Basta que la maestra sea algo menos paciente, que los compañeros sean algo más traviosos, para que la ida diaria a la escuela se convierta en un pequeño drama.

Sin embargo, el niño no permanece pasivo ante sus temores. Tiene algunos medios para luchar contra ellos. Puede llevarse un objeto de casa, un juguete querido, un botón, que le servirá de transición entre el mundo familiar y el mundo desconocido. Representando activa-

mente a sus temores, crea una distancia que le permite controlar la situación peligrosa. No hay más que escuchar a algunas niñas hablando con sus muñecas, o a pequeños disfrazados de guardias o de indios, para darse cuenta de ello. Los juegos de grupo tienen también esta función liberadora: «guardias y ladrones», la «guerra».

Los gritos infantiles, las celebraciones mágicas y cotidianas domesticadas el peligro: la pequeña lámpara que se deja encendida, la puerta entreabierta, el vaso de agua en la cabecera, etc. Los padres comprenden estas necesidades y se prestan voluntariamente a satisfacerlas. Admitidas generalmente por los niños pequeños, son, con frecuencia, menos toleradas por los más mayores, cuando su minuciosa acumulación traduce una inquietud fundamental o pasajera. Vencer su temor, desmontarlo, dominarlo es para el niño un factor de confianza en sí mismo, de reconocimiento de su personalidad, al mismo tiempo que una profunda satisfacción. Y él lo afronta en su momento, que no es forzosamente el momento que desearían sus padres. La educación



del valor no puede realizarse por la fuerza; ciertos terrores infantiles son en realidad llamadas de socorro a las que los padres deberían de estar atentos.

El temor infantil puede ser soporte de la comunicación entre padres e hijos como respuesta y punto de partida que se establece siempre en mutua relación.

2. ¿POR QUE EL MIEDO?

ESTA descripción no explica nada el porqué del miedo. El diccionario nos da la siguiente definición: «Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o mal que realmente amenaza o que se finge en la imaginación.» Inmediatamente aparece la primera paradoja, los niños no sienten miedo de los peligros reales espontáneamente.

Puede observarse en el bebé manifestaciones a veces muy vivas del temor. Corresponden normalmente, a una modificación brusca o inesperada de su entorno: una puerta que golpea, las gafas de sol de su madre, por ejemplo. En ello no hay, evidentemente, nada amenazador para su vida.

Cuando tiene uno o dos años, un niño intentará, si tiene ocasión, coger un culebra o cualquier insecto. Tendrá ganas de tocar el fuego, si es bonito, le intrigarán los enchufes, correrá delante de papá en la calle. Los padres conocen bien todas estas circunstancias tan peligrosas para los niños. El adulto debe por lo tanto educar al niño con el fin de que pueda esquivar todos los peligros cotidianos: el fuego quema, algunos animales son peligrosos, meter los dedos en el enchufe es muy doloroso. El miedo, educado, se convierte en una señal de alarma que ha permitido la supervivencia de la humanidad y que forma parte de los aprendizajes necesarios. Pero el

miedo no sólo es una señal de alarma, si no sería el objeto del instinto, como lo enseñan ciertos comportamientos animales, o del aprendizaje que permitirían las actitudes adquiridas. El miedo tiene un lugar demasiado importante en nuestra vida para no ser más que eso.



3. EL MIEDO PRIMITIVO

CIERTOS miedos, el miedo a la soledad, al abandono, lo padecen ciertos individuos o niños a quienes no tranquiliza el amor que se les da y que constantemente piden pruebas de interés sin creérselo. Estos miedos se remontan a la época muy antigua en la que el crío vive una dependencia total. Michel Zlotowicz cuenta pesadillas de caerse de niños de ocho a nueve años y que él atribuye a esta angustia absoluta, pertenecen al primer mundo de la infancia, anterior al hecho de aprender a andar, donde el niño no tiene seguridad y debe sostenerse por los demás.»

Se puede articular así el esquema de esta falta: hambriento el niño llora; la satisfacción de la comida toca a la vez al aplacamiento del hambre y al placer de ser tenido, acariciado.

La necesidad de la alimentación está ligada a la satisfacción afectiva, al placer de estar con la madre. Pero el bebé, aun el mejor cuidado, no es alimentado desde que tiene hambre. El experimenta la falta, falta física, angustia afectiva. Esta falta así produce, con más o menos fuerza según los individuos, una angustia de abandono.

4. LOS NIÑOS CON MIEDO SE SIENTEN AGRESIVOS

EL placer, a la vez «presencia» y «placer oral», tiene igualmente su vertiente negativa que es la «separación de» y que creará en el niño insatisfecho impulsos agresivos: la madre marcha, el niño siente cólera contra ella, pero en lugar de vivir su cólera como si procediera de él mismo, va a hacerla volver contra sí mismo; se imaginará que es su madre quien está furiosa y le atribuirá su propia cólera.

Para Guy Delpierre, «El origen del miedo aparece ligado a un impulso agresivo. El miedo tiene por función señalar la fuerza de este impulso como un peligro que amenaza al sujeto.»

Estos impulsos agresivos, que serán «orales» y vueltos contra la madre, explicarán los temores particulares ligados a esta edad: miedo de ser comido, engullido, mordido, miedo del lobo... (ver antes).

5. LOS NIÑOS CON MIEDO DESTRUYEN LAS COSAS

HACIA los dos o tres años, el niño accede a una autonomía relativa: anda a pie, dice sus primeras frases y se asea. Si su auto-

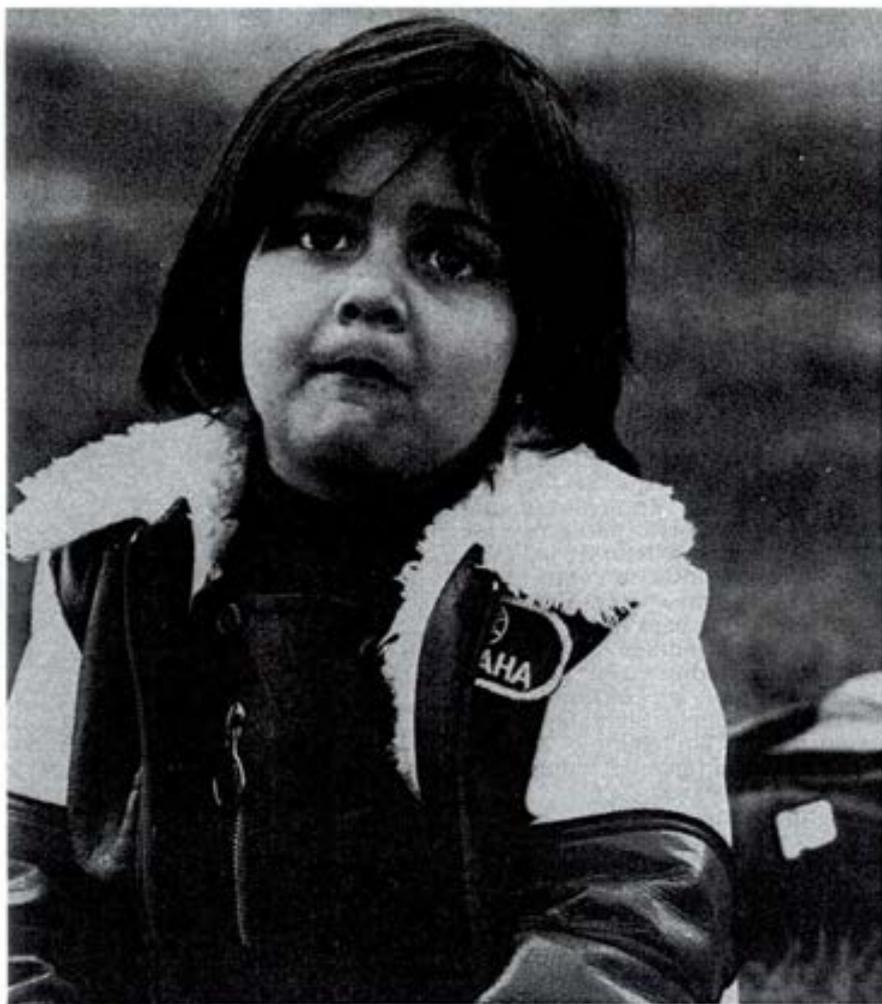


nomía motriz le permite compensar el miedo de la separación (puede reunirse con su madre, abandonarla y volverla a encontrar por su propio movimiento), el aprendizaje del aseo es un momento propicio a los conflictos y la agresividad engendrará el miedo.

Los excrementos del niño son para él muy interesantes, pero al mismo tiempo deben ser destruidos. Las relaciones con el «pipí-caca» serán para el niño un modelo de relaciones ambivalentes, a la vez interés y destrucción, que él tendrá con las personas, los animales y los objetos. Tenderá a destruir lo que ama. Romperá el coche con el que juega, la muñeca favorita, tendrá ganas de arañar, de golpear, morder a sus padres, a sus hermanos. Por proyección, tendrá miedo para lo que pueda pasarle a él mismo: miedo de ser destruido, partido, despedazado, miedo de todo lo que vaya a tocar su integridad física, miedo de los pequeños animales que penetran, de las picaduras, del médico.

6. EL MIEDO LES HACE SENTIRSE CULPABLES

EN el momento del complejo de Edipo, hacia los cuatro o cinco años, el sexo será la fuente de los conflictos: los padres prohibirán la masturbación; el juego de «tocarse el pipí» llevará consigo una culpabilidad y, al mismo tiempo que el niño tiende hacia la conquista de su madre, va a ver a su padre como a un rival a quien es necesario suprimir. Siempre «en proyección» va a imaginarse que su padre se vuelve contra él y le amenaza con cortar el sexo. El célebre análisis del pequeño Hans, contado por Freud, es una ilustración de los miedos o las fobias de esta edad. El pequeño Hans en la época de su fobia por los caballos, tenía cuatro, cinco años y tenía ocasión de ver a los caballos todos los días. Sin embargo, en un momento dado, la vista de un caballo le provocó tal angustia que no pudo salir de su casa. Poco antes de esta época le gustaba tocarse su pipí, pero su madre se lo había prohibido y él había dejado de hacerlo en seguida. Durante las ausencias de su padre iba a reunirse con su madre en la cama y le gustaba mucho hacerlo. Su padre le permitió superar su fobia explicándole que después de haber visto caer un caballo (lo que había sido la causa ocasional de aparición de la enfermedad), Hans había pensado en su padre y había deseado que él también cayese «muerto». Al mismo tiempo puede decirse que este temor a los caballos le permitía quedarse en casa cerca de su madre. En el caso de Hans, la fobia evolucionó favorablemente y después de algunos meses volvió a salir a la calle. Su padre, que le



había permitido exponer sus impulsos agresivos y que le había explicado que no tenían nada de culpable, aunque necesitaba renunciar a quedarse solo con mamá, le ayudó a resolver el conflicto y a volverse hacia otros intereses. Todos los animales feroces, por la idea de muerte que evocan, pueden despertar también un temor idéntico al de Hans. Entre los temores de esta edad más evidentemente ligados a la sexualidad se encuentran los que se refieren a objetos cortantes, cuchillos, tijeras. El ogro de Pulgarcito, con su gran cuchillo, reúne las dos imágenes a la vez: la del cuchillo y la del hombre peligroso.

7. NIÑAS Y NIÑOS: ¿TEMORES DIFERENTES?

INDEPENDIENTEMENTE de que la educación en el valor esté más o menos orientada según los sexos, los temores de las niñas son diferentes de los de los niños: No se les puede contar lo que no tienen. Ellas tendrán miedo más bien de las heridas que se les podrán infringir. Temerán a los hombres bajo la forma de bandidos, gánsters armados que pueden raptarlas. Temores que con frecuencia los pa-

dres mismos alimentan con recomendaciones: «hay muchos hombres malos», «no sigas a nadie en la calle», etc.

Parece que las niñas y los niños tienen temores específicos: Las unas temen más bien lo que pueda comprometer el porvenir familiar, la seguridad afectiva; los otros son más sensibles a una visión hostil del mundo exterior.

Estos temores son inducidos evidentemente por la educación recibida y no son biológicamente específicos.

Hay temores comunes a los dos sexos: Los relacionados con la escuela y el fracaso escolar. ¿Expresarán estos temores una dificultad para reconocerse a sí mismo? El niño no puede permitirse el lujo de tener éxito en la escuela mientras se sienta rival del padre.

El superego, con frecuencia interiorización inconsciente de escalas de valores ofrecidas por los padres y la sociedad, contribuye a crear un temor hacia todos los representantes de la autoridad. La maestra, el profesor, el guardia (este famoso miedo al guardia, que tan eficaz parece a los adultos...).

Ellos, que son quienes detentan el poder, saben que siempre se es culpable de deseos inconfesados.

Hacia los seis o siete años, que es cuando finaliza el complejo de



Edipo, comienza a intervenir la conciencia con sus prohibiciones fundamentales y sus exigencias interiores. Surge entonces la moral con todos los sentimientos de culpabilidad que suscita. Tan arrolladora en la etapa de la adolescencia y en la edad adulta. Culpabilidad que, demasiado importante, inhibidora, confirma a veces el fracaso de

la resolución del complejo de Edipo.

8. EL MIEDO, CONSTRUCTIVO

TODOS estos temores se resuelven, en general, de un modo espontáneo. No hay más que dejar

hacer a la «buena naturaleza». El niño está constantemente en evolución y los temores particulares de un período desaparecen por sí mismos. Quizás aparecerán más tarde otros nuevos. William James observó a un niño de siete meses frente a una rana: La coge, a pesar de que ella se debate, introduce la cabeza del animal en su boca, la deja correr por su rostro y su cuerpo. A los dieciocho meses, sin que se le haya dicho nada sobre el tema, y sin que haya vuelto a ver durante ese tiempo una rana, es imposible tratar de convencerle para que la toque.

La descripción de los temores indica bien la dificultad de separar unos de otros: El temor de la oscuridad va unido al de la soledad y al de los bandidos. El temor de la separación se une con el de ser malo. De la misma manera es imposible unir de una forma precisa un miedo determinado con un conflicto determinado, porque el desarrollo del niño no es lineal sino irregular, a saltos. Un mismo temor, como el de la destrucción, puede ser el síntoma de varios conflictos.

Todos los conflictos que jalanan la historia del niño son etapas inevitables que le permiten estructurarse y madurar. El temor está ahí como algo que puede explicar conflictos y permite el encuentro de los padres con su hijo.

Repetitivo, obsesivo, se convierte en una especie de alarma que hay que oír y a la que hay que responder. La situación puede ser demasiado pesada y sobrepasar la capacidad del niño. Aun cuando el adulto se sienta impotente ante el temor, lo comprenda mal, será una pena que trate de impedir su expresión. El niño tiene necesidad de decirlo, de no ocultarlo, de ver que sus padres lo tienen en cuenta, porque es el medio de solucionar sus conflictos.

CLAUDEE CHAPUT
MICHELLE DE WILDE

«L'école des parents», jul.-ag. 1976

ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES

Lab. 1.04: conferencia

Se sugiere el análisis de los puntos principales de la conferencia, siguiendo, por ejemplo, el siguiente esquema:

- a) — recoger anécdotas de los hijos que tenga «miedos a la noche»
— hablar también de si estos miedos los tenemos también nosotros o se los pudimos infundir de algún modo
- b) — miedo de los niños a los animales: anécdotas, testimonios directos
— miedo de los adultos a los animales o posible influencia en los niños
- c) — miedo a los monstruos: anécdota de los niños, testimonios directos
— influencia de los mayores en estos miedos
- d) — miedo de los niños ante la muerte: anécdotas
— influencia de los mayores en estos miedos
- e) — qué hacemos en casa ante los miedos de los niños? resultados
- f) — por qué les metemos miedo? en qué cosas? resultados
- g) — es verdad que el niño miedoso es agresivo? datos
- h) — es verdad que el niño miedoso se siente culpable de algo? datos
- i) — un catálogo de miedos de niñas y miedos de niños
— en el parvulario, en EGB1, en EGB2, de mayores
— fabricación de una encuesta o una entrevista a niños de estas edades en el mismo grupo de los padres, si es posible o procedente
- j) — hacer una «promoción de ideas» que pueda ayudar a que los niños pequeños y mayores no sean víctimas, al menos, de sus miedos